

#004

POE ECB EZB EKT EKP 2002

LOS ROLATOS[®] de CROM

AMADEO
AQUELARRE
LA TENTACIÓN

5 EURO
EYPO Quepuntoes



LEER Y
JUGAR

CARTAS DE AMADEO DE VALDEPEÑAS

RELATO para la serie **Aquelarre: La Tentación**

RELATO por Antonio Santo

MÓDULO por Jordi Martín

© 2 002 Proyectos Editoriales Crom, S.L. - Antonio Santo

ISBN: 84-95949-45-8

D.L.: SE-3377-2002

Impresión: Publicaciones Digitales, S. A.

www.publidisa.com - (+34) 95.458.34.25.

I. ROLATO:

Carta de fray Amadeo al jefe del tribunal eclesiástico de Madrid, a 15 de noviembre	3
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a 17 de Noviembre	5
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a 18 de Noviembre	12
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a 19 de Noviembre	19
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a día 21 de Noviembre	24
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a día 24 de Noviembre	29
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a día 26 de Noviembre	31
Carta de fray Amadeo a fr. Mateo Ruiz, a día 27 de Noviembre	37
Diario personal de fray Mateo Ruiz. Entrada del día 1 de Diciembre	42

II. MÓDULO:

Introducción	
Morella y la bestia	44
En la Ciudad	46
El convento de San Francesc	47
La ceremonia oscura	51
El desenlace	63
	66

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas al jefe del tribunal eclesiástico de Madrid, fray Mateo Ruiz, a día 15 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Tras varios días de sudor y fatiga a lomos de mi cansino mulo, la caravana ha llegado, al fin, a Sevilla. Tan sólo llevo una semana fuera y ya echo de menos el convento al que, recién nacido, fui llevado lloroso y muerto de frío por vuestras amorosas manos. He pasado allí toda mi vida; esta es la primera vez que salgo, y me sorprende que me hayáis encargado un trabajo de este calibre a mí. Pese a ser de mente ágil y sentidos agudos, mi experiencia como investigador es nula. Pero, como dijo un sabio, siempre hay una primera vez; vos sabréis muy bien las razones por las que he sido elegido, y con eso me basta.

Tras buscar fonda donde dejar mi montura y guardar mis enseres, partí directamente hacia el barrio morisco. Allí pregunté con disimulo por los sucesos del lugar; pese a algunos recelos iniciales, unas pocas monedas soltaron la lengua de los villanos. Todos dicen lo mismo que reza en vuestro informe: efectivamente, hace veinte años hubo un terrible incendio que asoló el vecindario. Nadie sabe cómo nacieron las llamas, aunque el centro de la conflagración era un caserón envejecido y abandonado. La gigantesca hoguera que formaron las apiñadas casas ardió durante toda la noche, pero llegado el amanecer se apagó de repente. El barrio quedó prácticamente destruido. Las gentes

del lugar rehicieron sus vidas como pudieron; y un año después, exactamente el mismo día y con la caída del sol, la vieja y quemada casa volvió a arder de repente. Pero esta vez el fuego no se propagó; quemó tan sólo las paredes entre las que estaba encerrado, sin lanzar al exterior más que humo y amenazantes lenguas de fuego. Y al llegar el amanecer se apagó. Obstinados, los viejos muros y las antiguas columnas se negaron una vez más a caerse. Durante veinte años se ha repetido este hecho, y sigue sin derrumbarse por su propio peso el requemado trozo de carbón que es ahora la casa.

Me he acercado a verla: es un caserón de dos plantas. Efectivamente ya está totalmente negro, de tantas y tantas veces que ha sido lamido por las llamas. Algún vecino ha puesto unas tablas como desvencijada puerta, Dios sabe para qué; dando portazos con el viento, me recibía amenazadora, como advirtiéndome de que no tenía nada que hacer allí. No me paré mucho a considerar detalles, pues dejo para mañana la exploración de la casa; así que me volví rápidamente hacia la posada donde me hospedaba, y me puse a escribiros. Con esto me despido hasta mañana, cuando volveré con más y mejores nuevas que daros. Que Dios os guarde.

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 17 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Como os dije, para ayer día 16 tenía pensada la exploración de la extraña casa, hogar del fuego que ha mantenido en vilo a las familias aquí instaladas durante veinte largos años. Efectivamente, armado de valor anduve hasta su puerta, que esta vez estaba totalmente quieta. Me pareció más terrorífica aún, ¿o no es más terrible la serpiente escondida entre la hierba que aquella que se muestra clara? Desterrando mis irracionales miedos, levanté la mirada y analicé la fachada. Estaba totalmente ennegrecida por el humo; y no sólo carbonizada, sino llena de grietas y roturas, lugares donde la pared se había quebrado, trozos de vigas destrozadas asomando entre los ladrillos. No podía ofrecer peor aspecto. Por un momento me planteé que quizás corría peligro entrando en la casa, pues podía derrumbarse de un momento a otro. Pero, si no se ha caído sola en veinte años, ¿iba a hacerlo ahora conmigo dentro? Sin pensarlo un segundo más, me acerqué a la puerta dando grandes zancadas, la aparté (pues no podía abrirse aquel trozo inútil de madera) y entré.

Por dentro ofrecía la misma cara que por el exterior. Las paredes estaban totalmente negras de hollín. En el suelo había montoncitos que, años antes, podrían haber sido sillas o mesas, o cualquier otro mueble. El techo y los muros principales estaban agrietados; las vigas, la mayoría quebradas. A mi parecer, la casa había alcanzado

aquel extraño equilibrio de las cosas rotas, y no se caería por muchos incendios que la asolaran, pese a que de ella me habían dicho los vecinos que debería haberse caído antes incluso de arder por primera vez. Pasito a pasito, muy lentamente, escuchando cada crujido de la madera, caminé hacia la siguiente habitación, que presentaba el mismo aspecto de desolación que la primera. No entraba más que un pequeño rayo de luz por una grieta de la pared; la oscuridad era casi absoluta, y una nube de polvo negro flotaba en el aire, dándome fuertes ganas de toser. Hacía calor, mucho calor. El ambiente era muy denso allí dentro, con un aire enrarecido y viciado de olor acre que me hacía jadear. Las maderas del suelo estaban levantadas y resquebrajadas, y se partían con chasquidos secos a cada pisada. No se escuchaba más ruido que el causado por mis pies y mi respiración entrecortada. Andando lentamente, explorando con rigor cada rincón de la habitación, fui pasando de sala en sala. Así crucé todo el primer piso, hasta encontrar las escaleras que me habían de llevar arriba. Primero las tanteé un poco; al parecer aguantaban mi peso, así que, fuertemente agarrado a la baranda (flaco consuelo, pues no era más que otro trozo de carbón), comencé a subir los escalones, muy despacio, uno a uno. He de confesarlo, en ese momento tenía miedo de caerme, así que caminaba lentamente, procurando equilibrar el peso al máximo sin cargar demasiado a un lado ni a otro. Subí uno, dos, tres, cuatro. Cada gemido de la madera, cada crujido me mordía el alma, poniéndome sobre aviso. Seguí ascendiendo. Parecía que la escalera aguantaba... Y de repente, ¡crac!, con gran estrépito el penúltimo escalón se partió nada más pisarlo, la escalera se abrió y caí por el hueco. Milagrosamente, mis caderas no cupieron por el hueco y quedé enganchado, con las piernas colgando inertes, a varios metros de altura. Intenté

tranquilizar mi acelerado corazón; decidí darme prisa, pues escuché cómo la madera seguía crujiendo. Haciendo fuerza poco a poco con las manos, salí del agujero y salté el escalón que me quedaba, con miedo a pisarlo y que también se quebrara. Al llegar arriba respiré tranquilo y miré si tenía alguna herida. Gracias a Dios mi búsqueda fue infructuosa, así que al fin pude dedicarme a continuar con mi registro. Rápidamente mi mirada encontró algo. En el mismo centro de la habitación, un inmaculado paquete, de purísima tela blanca y atado por unas cuerdas, reposaba tranquilo en el suelo. ¿Cómo podía estar así, totalmente limpio e impoluto, en medio de un lugar que había ardido veinte veces? ¿Qué contenía aquel extraño paquete? Me acerqué y lo cogí en mis manos. Era de forma cuadrangular; tendría unos dos palmos de largo y uno de ancho, además de dos dedos de grosor. En la parte que quedaba encarada conmigo reposaba una cruz de madera. ¿Le habría salvado la imagen de Nuestro Señor de aquel fuego destructor? No hay duda de que así era. Observando la sala, no encontré nada más que pudiera ser de utilidad, así que bajé las escaleras con velocidad, crucé el piso de abajo, maravillado aún porque un paquete como este hubiera esperado veinte años y sobrevivido a otros tantos incendios, protegido por una cruz, para que alguien como yo lo encontrara. Y embargado en estos pensamientos atravesé la puerta que llevaba al exterior. Di dos pasos más, y escuché un fuerte ruido a mis espaldas. Di media vuelta y vi cómo temblaba toda la estructura de la carcomida vivienda: las vigas comenzaron a moverse, los muros a temblar, los ladrillos a caer y las tejas a rodar; y en pocos segundos, en medio de un gran estruendo, la casa se derrumbó. Sólo quedó de ella una nube de polvo y de ruido. Aterrado por lo cerca que había estado de morir, di media vuelta y huí a la carrera.

Al principio corría para no resultar herido. Después temí de repente a la casa, ese macabro trozo de carbón, negro como el diablo y quemado como el infierno, que se había mantenido de pie durante largos años y casi me devora, dejándome sepultado en su interior para siempre. Y cuando el miedo irracional pasó, y comencé a pensar en detenerme, lo sentí. Era un pequeño aliento, como un jadeo justo al lado de mi oído. Una suave brisa helada, terrorífica. Yo corría, amenazado por un soplo de aire; corría sin detenerme, como si me persiguiera el mismo diablo. Cuando creía que lo había despistado y me detenía para tomar aliento, lo sentía más fuerte, como susurrándome al oído impías palabras; y mi errante carrera comenzaba de nuevo. Calles y callejones, avenidas y arboledas, plazas y barrios enteros crucé sin detenerme a mirar atrás. Le llegué a escuchar decir mi nombre, de eso estoy seguro. No sé cuánto tiempo pude estar dando vueltas por las retorcidas calles sevillanas; al fin mi enloquecido rumbo me llevó hasta la puerta de la posada. Subí gritando de terror las escaleras, ante la mirada extrañada del dueño; me encerré en mi cuarto atrancando puertas y ventanas. Los minutos se me hicieron horas, esperando en medio de la oscuridad el sentir de nuevo ese aliento, ese agónico suspiro en mi mente. Aire que me perseguía, terror con alas corriendo tras de mí. Al fin, llorando y rendido por el cansancio y el pánico, caí en un sueño profundo pero no exento de pesadillas, durante las cuales seguía oyendo con pasión obsesiva la voz que me perseguía en su malvado susurro: "*Amadeo... Amadeo... ¿no me recuerdas...?*"

Desperté esta mañana, si bien no menos cansado, al menos curado de mi ataque de pánico. Ahora, a la luz

de un nuevo día, dudo de la veracidad de cuanto me ocurrió; ¿no sería acaso esa voz fruto de mis miedos? O quizá realmente era un extraño espíritu protector de la diabólica casa... No lo sé, y creo que mi pobre mente no puede averiguarlo; mientras, me he entretenido un rato en abrir y explorar el paquete encontrado. Tras quitar los cordeles que lo mantenían cerrado, aparté la tela blanca, pliegue por pliegue. Quité la primorosa envoltura y encontré dentro un libro, de tapas marrones y duras. Al abrirlas, me encontré en su interior con un texto escrito en árabe. Mis conocimientos en esta lengua, gracias a las enseñanzas recibidas en el monasterio, son grandes; a merced de ello he podido comenzar su traducción. Tenía el autor, fuere quien fuere, abigarrada escritura; el pergamino es frágil y quebradizo. Al parecer, por lo poco que he podido colegir, es una especie de narración o relato. Pero es mejor que lo reproduzca tal cual, para que vos mismo saquéis las conclusiones que creáis necesarias. Este es el primer trozo del texto, traducido a nuestra lengua; no viene antecedido por título alguno, y dice así:

Que Alá ilumine mi pluma y la guíe por el sendero de la verdad; juro ante todo lo sagrado que cuanto voy a relatar a continuación es verdadero como el sol que se levanta cada mañana.

Era noche cerrada. La escasa luna, oculta tras un manto de nubes, convertía las callejas de la ciudad en un oscuro laberinto. Ni una sola estrella se atrevía a mostrar su resplandor; era, pues, noche propia para criminales,

asesinos y demás basura. La negra sombra surgió de uno de los bajos techos, y bajó lentamente por el aire hasta el suelo. Hizo señas a tres hombres malencarados que parloteaban en voz baja. Éstos se acercaron, serviles; la embozada figura levantó su dedo moreno con un siseo. Señalaba a una mujer, quizá temeraria, o tal vez sólo inconsciente, que caminaba a paso rápido, probablemente de regreso a su casa.

Siguiendo el cruel dedo, el trío se lanzó sin decir palabra a la persecución de la inocente presa, que al verles sólo pensó en correr. Tras pocos minutos de carrera por los callejones y algún ahogado grito, fue alcanzada por sus cazadores, que la agarraron fuertemente y le taparon la boca. Instantes más tarde llegaría, andando a paso tranquilo, la impávida figura morena, que miró a uno de los captores fijamente. El hombre de repente comenzó a hablar:

-Joven mujer, has sido elegida. -dijo con voz fría y átona, sin entonación. Ella se sacudía intentando liberarse. La oscura forma encapuchada hizo una seña, indicando que dejaran hablar a la prisionera.

-¿Qué me vais a hacer? -preguntó entre sollozos.

-Vas a averiguarlo ahora mismo.- escuchó. Y el extraño abrió su capa, que cayó al suelo sin ruido; en ese momento se despejó la luna, y vio, recortada contra su débil luz, una forma morena coronada con negras alas en la espalda. Un hombre de piel morena, grande y corpulento, de fuertes músculos. Extraño y legendario ser que, sin decir palabra, ordenó a los tres hombres que la soltaran. Paralizada por el terror, no se atrevió a echar de nuevo a correr, y le vio acercarse, paso a paso, lentamente, sin prisas. Saboreando el miedo de su presa. El hombre se agachó a su lado; le acarició el cabello, repasó con los dedos las líneas de su cara. Levantó su barbilla con el índice y la besó en los labios.

-Eres hermosa. Servirás. -dijo la voz, que parecía transmitir lo que pensaba el ser alado.

Con la mano continuó su recorrido por el cuerpo de la mujer. Le tocó el cuello, los pechos; acarició sus caderas y piernas. Cansado de preliminares, se levantó y se desnudó por completo. La agarró de un hombro y la elevó, sujetándola contra la pared; con la otra mano, procedió a quitar cada prenda de ropa que cubría el blanco y tembloroso cuerpo de ella. Al fin, desnudos los dos, la recostó en el suelo; sólo una vez intentó ella resistirse, pero fue tal el golpe que recibió por respuesta, que desistió de probar de nuevo. El hombre se colocó encima, y, en un silencio absoluto y bajo otras tres atentas miradas, la mancilló.

Terminado el horrendo acto, se levantó y se vistió. La voz informó a la mujer: "La semilla de nuestro Amo está en tu interior. Dentro de nueve meses volveremos a por ella." Los tres hombres se marcharon; él la miró una vez más, tirada en el suelo como una muñeca rota, llorando de humillación e impotencia, los negros cabellos revueltos sobre la cara y el cuerpo lleno de las marcas dejadas por sus golpes. Se colocó la capa, alzó el vuelo y se marchó, dejándola allí llorando, sola y desnuda. Maldita para siempre.

¿Qué opináis? Es sólo el primer trozo que he traducido, pero ya resulta bastante revelador. Una historia horrible, ¿no creéis? La pobre mujer, sin forma alguna de defenderse. Y, sobre todo, ¿quién o qué era ese extraño de negras alas? Por ahora, para nosotros es sólo un enigma; seguiría con el texto, mas entre la traducción y la transcripción se me ha hecho ya de noche, y no quiero lastimarme los ojos trabajando bajo la pobre luz de una vela. Mañana

continuaré con la tarea; por ahora tan sólo os deseo buenas noches.

Que Dios os guarde.

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 18 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Anoche soñé con la mujer de la historia, y con esa especie de demonio alado. Reviví la escena como si estuviera allí, y no sólo como mero espectador sino como protagonista, a través de los ojos de la aterrada mujer y sintiendo el sádico placer del extraño hombre, o lo que quiera que fuese. Una y otra vez lo presencié, sin pausa, hasta que se nubló la imagen, se volvió todo oscuro, y esta vez vi a una mujer turbadoramente hermosa y desnuda que me miraba y sonreía, y se pasaba la lengua por los labios y la impúdica mano por el sexo. Miré su rostro: tenía los ojos

oscuros y centelleantes como un trozo de noche, y su cabello, del color oscuro de los pozos del infierno, se derramaba hasta los hombros. Aparté la vista de ella, invoqué el nombre de Nuestro Señor y desperté.

Todo esto debe estar afectando de algún modo, pues nunca antes he tenido sueños como éstos; mis noches han estado siempre adornadas de imágenes bucólicas, de mi infancia en el convento, de las queridas caras de mis amigos y compañeros monjes. Las dos primeras veces que he tenido pesadillas han sido estas dos últimas noches: ahora sé lo que siente el mero espectador indefenso e impotente de absurdos terrores, aquél que mira sin mover un dedo cómo los demás sufren. Me parece malévolo, aunque sea en sueños, no ayudar a alguien desamparado; por eso me duelen más aún escenas como la de anoche. Pero no debo obsesionarme con ello. Lo mejor será seguir con la traducción del extraño texto en árabe. Así continúa, por el mismo punto en que la dejé:

Tras unos minutos que le parecieron horas la mujer se levantó; cogió sus destrozadas ropas, se las puso como pudo y marchó corriendo a su casa. Su madre estaba ya muy asustada por la tardanza. Con gran alegría, pero extrañada también de verla llegar así, la acostó en la cama sin hacer caso de las palabras incoherentes y los sollozos de la hija. Esperó dulcemente a que se durmiera, y cuando vio que su respiración se tranquilizaba y ya parecía descansar tranquila se marchó a su vez a dormir.

La mujer despertó poco después de irse su madre. Pensó en cuanto había ocurrido; las marcas dejadas en su cuerpo por el violador cercioraban la historia. Pero decidió no contar nada, pues nadie la creería y su vida podría

llegar a correr peligro si la historia llegara a oídos extraños. Le inquietaban las palabras de aquella áspera voz: "La semilla de nuestro Amo está en tu interior..."

No, no podía ser cierto. Mas por si acaso aguardaría, tejería alguna historia creíble para cuidarse de los reproches. Sí, eso haría. Iba a continuar con su vida sin variar para nada sus hábitos; a veces ocurren cosas que no tienen ni deben tener explicación, y ésta era una de ellas.

A la mañana siguiente contó lo que había inventado a su madre y consiguió tranquilizarla. Fueran cuales fueran los términos de aquella imaginaria aventura no merecen ser contados aquí. Lo importante es que la contentó con ella y no recibió más preguntas. Así pasaron unos meses, sin que su vida variara para nada. Pero una mañana sintió náuseas y mareos que se repitieron durante los siguientes días. Una matrona experta aclaró toda duda con sus palabras: "Hija mía, estás embarazada."

Se pasó llorando toda la tarde. No sabía cómo justificarlo ante su madre. A ella podía contarle lo realmente ocurrido, pero, ¿y a los demás? Era imposible. No sería capaz de enfrentarse a los reproches, las acusaciones, las habladurías. El niño aquí no iba a ser feliz. Así que sin decir nada a nadie, cogió sus escasas pertenencias y el poco dinero que tenía ahorrado y se marchó en silencio de noche. Nunca más volverían a verla.

La mujer –por no saber su nombre, llamémosla Diana a partir de ahora- anduvo en solitario durante largas jornadas. Cuando se alejó lo suficiente del pasado y creyó haber llegado al futuro se asentó en un pueblo; allí encontró trabajo como criada. Sus amos no le hicieron preguntas acerca de su llegada y su maternidad, así que pudo continuar tranquilamente su vida.

Pasaron los meses. La preñez de Diana llegó a buen puerto, y una noche una matrona pudo ayudarla al fin a traer al mundo a su hijo: un sonrosado y sano varón. Feliz hasta la saciedad, lo abrazaba sin creer que realmente hubiera nacido el fruto de una noche de pesadilla; no hacía más que mirarle, le buscaba algún atributo de su extraño padre, el ser alado que la violó. Afortunadamente no encontró nada. Con el pequeño entre sus brazos y una sonrisa reluciente en los labios se quedó dormida.

Pasó algunos días en cama, gracias a que sus benévolos amos la eximieron de trabajar. La tercera noche desde el nacimiento de su hijo estaba durmiendo tranquila, abrazada como siempre al niño. Una sombra furtiva se acercó a la pared donde se abría su ventana. Trepó por los ladrillos hasta ella; gracias a su hábil mano la abrió sin emitir más que un apagado chirrido. De un salto se metió en la habitación.

En el tejado de la casa otra sombra, alada y voluminosa, aguardaba sentada.

El hombre dio un paso. Sacó un largo cuchillo del cinto. Comprobó su filo. Lo blandió con firmeza. Se acercó a la cama. Levantó el arma. Apartó la manta y

Interrumpo la transcripción, pues el mozo de la taberna me anuncia que una mujer pregunta por mí en el piso de abajo. En cuanto suba continuaré con la historia.

Hermano, tengo miedo. El nerviosismo hace temblar mi pluma; por favor, disculpad mi caligrafía. Pero mejor no daré ningún rodeo y os contaré a las claras lo que me ha ocurrido. Bajé las escaleras para encontrarme con la dama que, por lo que decía el mozo, preguntaba por mí. Me acerqué al posadero, pregunté por ella y me indicó una mesa sita en un oscuro rincón; allí me senté, y casi me desvanezco cuando miré su rostro y reconocí a la lasciva mujer de mi sueño de la noche anterior. Tal cual la vi entonces, allí estaba: esos ojos oscuros centelleantes, el mismo pelo hasta los hombros, los labios, las manos, todo... Pero esta vez estaba vestida, sí, vestida con una capa de lino. Me miró, abrió su hermosa boca y escuché su lenta e incitante voz pronunciar mi nombre.

-Fray Amadeo- me dijo - He de hablar contigo de cosas muy importantes.- dudé unos segundos y al fin contesté:

-Decidme, hija mía, ¿qué deseáis?

-Éste no es lugar, padre... ¿No podríamos subir a su habitación?

Presa del nerviosismo, no caí en decirle que no, y sin decir palabra me levanté y le indiqué el camino. Torpemente la acompañé hasta mis aposentos y cerré la puerta tras de mí. Se puso de cara a mí, no sé si para verme mejor o

para mostrarme aún más su belleza. No podía, os lo juro, hermano, no podía mirarla a la cara mucho tiempo pues me mareaba, perdía los sentidos; tal era su impía hermosura.

-¿Qué queréis?- le pregunté con un hilo de voz.

-Fray Amadeo -repitió dulcemente- Querría hablaros de algo vital...

-¿Cómo sabéis mi nombre?- inquirí.

-Éso no es lo más importante... Quizá lo principal sea responder a vuestra primera pregunta. Vengo para daros lo que queréis...-dijo, acercándose a mí.- Sé perfectamente cuán necesitados estáis los monjes del placer carnal; habéis soñado conmigo, hermano, y eso equivale a llamarme. Yo sólo vivo para complaceros... -susurró a mi oído. Y entonces volvió a alejarse, y con un rápido movimiento soltó el broche de su túnica y me mostró su cuerpo desnudo. Se acercó a mí, me abrazó, empezó a besarme; os juro que intenté resistirme, pero no podía, no quería, no sabía cómo. Me tiró en la cama, me agarró los brazos y me despojó de las ropas con violencia mientras me arañaba con sus labios y su susurrante voz. Se sentó encima mía y movió mis manos hacia su carne dulce, blanda y suave. Con un último esfuerzo de voluntad, antes de rendirme a la lascivia, le pregunté:

-Hermosa... hermosa mía... ¿cómo os llamáis?

-Lilith... -respondió entre beso y beso. Ese nombre bulló en mi cerebro y activó en mi memoria un recuerdo... ¡Lilith! ¡Lilith! Sacando fuerzas de flaqueza me revolví, la empujé lejos de mí, la golpeé y empecé a gritar:

-¡Padre Nuestro, no nos dejes caer en la tentación! ¡In nomine Pater et Filii et Spiritus Sancti! ¡Penitencia! ¡Fuera,

hija de Satanás! ¡Arde en los infiernos con tu señor! ¡Márchate, demonio, lejos de este siervo de Dios! - el Sagrado Nombre la hizo gritar de dolor, temblar, llorar de ira; se levantó, me miró enfurecida y bramó:

-¡Adiós, hermano Amadeo! ¡No olvidaremos esta ofensa!- y cogiendo su capa se lanzó a la carrera hacia la puerta y desapareció tras ella. Por supuesto cuando la abrí ya no estaba, y el tabernero jura que no la vio salir.

Después de marcharse y reponerme de la impresión comencé a pensar en lo ocurrido. ¿Lilith? ¿Podía ser ella? Una diablesa de la lujuria... ¿O era sólo una hermosa bruja? Sus labios sabían a fuego, hermano; sus besos quemaban la piel. De ser realmente Lilith y ser verdaderas las leyendas, en el momento álgido de la cópula me habría matado. ¿Quiere decir eso que he salvado la vida en el último momento? Y sobre todo, ¿por qué ha venido precisamente a por mí?

Yo sólo sé una cosa: Dios me ha salvado, hermano Mateo; si su Sagrado Nombre no la hubiera espantado en ese último momento sin duda me hubiera rendido a la lujuria y al placer.

No tengo fuerzas ni presencia de espíritu para seguir traduciendo el texto. Voy a intentar descansar hasta el amanecer. Lo siento, hermano, pero tendréis que esperar a mi siguiente misiva.

Que Dios os guarde

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 19 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

El alba me despertó con sus dulces rayos abrazándome con suavidad, tras una noche intranquila pero limpia de pesadillas. Después de comer algo he vuelto a sentarme ante mi mesa, mi pluma y mi trabajo, y justo ahora continúo con él.

Escucho gritos y grandes voces en el piso de debajo de la posada. Por lo que me permiten distinguir mis oídos, una multitud se ha congregado ante sus puertas. ¿Qué ocurrirá? No me interesa en qué se ocupa el populo. Cerraré mi puerta y continuaré con la traducción.

He aquí la historia por el mismo punto en que la dejé:

Apartó la manta y miró a Diana.

¿Cómo era ella? Probablemente no se trataba de la más hermosa de las mujeres, ni de una reina seductora, ni tenía una belleza embrujadora y salvaje. Pero era una mujer bonita, sencilla: de pestañas largas y negras, pelo liso y oscuro, piel blanca, ojos verdes y carne suave y cálida. Quizá por esa hermosura relajada, por capricho del destino y por cruel decisión de algún querubín, al hombre le gustó lo que vio, así que no dejó de mirarlo. Y no encontró fuerzas, pese a tenerla rendida, dormida frente a él, para hacer descender con fuerza el cuchillo una y otra vez, y así

cumplir la misión que le había sido encomendada.

No importaba. Aún podía salir con bien de aquello. Miró al niño, una pequeña bola sonrosada envuelta en pañales, respirando plácidamente, con una manita en la cara y la otra agarrando a su madre. Sólo tenía que cogerlo y marcharse. Alargó la mano y la acercó a él. Cuando ya casi lo rozaba volvió a arrepentirse. No podía, no podía.

Pero algo debía hacer. Si no era él, cualquier otro vendría poco tiempo después para hacer aquello que su cobardía le acababa de impedir. Así que guardó el puñal y la despertó muy despacio para no asustarla; le tapó la boca, le pidió que no dijera palabra alguna, que confiara en él, que corría un grave peligro y debían huir con el bebé. Ella, no sabemos si por no ser muy consciente de lo que ocurría o por sentir cercano el miedo de su interlocutor, le hizo caso y le preguntó quedamente qué hacer. Él, cuyo nombre real se había perdido años atrás, pero que se había ganado entre los suyos el sobrenombre de Caín, le pidió que le indicara una salida discreta que no fuera la principal. Ella le llevó de la mano, abrazada al bebé, hasta ella. Abrieron la pequeña puerta que salía de los corrales y daba al monte y echaron a correr.

La alada sombra negra esperó un tiempo. Impaciente, preguntándose qué ocurría, descendió hasta la ventana de Diana y entró en la habitación. Cuando la vio vacía, deshecha la cama, abierta la puerta y sin signo alguno de violencia, lo comprendió de golpe. Maldijo al traidor mentalmente, saltó por la ventana y alzó el vuelo.

Mientras los dos fugitivos seguían su alocada carrera, rumbo hacia cualquier lugar. Caín se detuvo en un cortijo para robar un caballo; subió a Diana y al niño y cabalgó hasta matar de cansancio al caballo, y robó otro para

no detener su carrera. Llegado el amanecer, bien lejos ya de la casa, se decidió a hablar con Diana. Hasta entonces él no había contestado a ninguna de sus preguntas.

-Mujer, ven aquí. -dijo.

-Me llamo Diana, no "mujer"- respondió ella con aspereza.

-De acuerdo. Diana, acércate. Tengo que contarte algo. -le dijo. Cuando la mujer se hubo sentado a su lado comenzó a hablar en estos términos: -Hace nueve meses un desconocido se y tres secuaces te detuvieron en mitad de la calle. Él te violó sin que pudieras hacer nada para resistirte. El niño que tienes en tus brazos es el fruto de esa sacrílega unión.

Diana rompió a llorar.

-Enfréntate a la realidad. Ese ser era un demonio. Y este pequeño es un bastardo del Infierno. Su destino es blasfemar con hechos y palabras contra Dios, aterrorizar a los inocentes y servir al fuego, la destrucción y la muerte, a los Cuatro Jinetes; será un buen criado para Lucifer. Y no hay forma de sustraerle de esa tarea. Los Señores del Infierno vendrán para encargarse personalmente de que así sea. Ellos están por todas partes, Diana; ellos escuchan ahora mismo mis palabras, y anotan mi traición para no olvidarla y vengarla correctamente, y probablemente estén escribiendo ahora mismo esta extraña historia que nos une. Sí, he dicho bien: mi traición, pues yo también soy uno de ellos... o al menos lo era. Sólo un adepto, un joven mago; mi señor es, era, el ser que te violó. Te cuento esto así, sin ocultarte nada, porque salvándote por unos días me he condenado para siempre y sólo con tu completa confianza y colaboración podremos huir y sobrevivir unos días más a la persecución de mi amo y sus jefes. ¿Confiarás en mí

plenamente? ¿Me seguirás a donde quiera que te lleve de buen grado?

Ella, con lágrimas amargas en los ojos, con los labios temblándole de pena, rabia y miedo, contestó que sí con la cabeza. Caín subió al caballo y le alargó la mano; ella aceptó la ayuda y montó también, sin soltar al niño, bien abrazada a él. Mientras su nuevo y extraño amigo se acomodaba y agarraba con fuerza las riendas le preguntó:

-¿Por qué haces esto por mí?

-No lo sé- respondió en voz baja; azuzó al caballo y partió al galope, rumbo de nuevo al cruel futuro.

El oscuro ser alado volaba, siguiendo a gran velocidad el rastro de la pareja huida. Ahora eran su presa. Ya nada podía salvarlos.

Debo pararme de nuevo, hermano; al parecer las voces que escuché abajo me reclaman ahora dando grandes voces. Ya oigo incluso los pasos de alguien, subiendo decidido la escalera y dispuesto de seguro a llamar a mi puerta. Continuaré con mi tarea enseguida, o os preocupéis.

Nota del alguacil don Pedro Sanz: fray Mateo, no requisé esta carta como he hecho con el resto de posesiones del hermano Amadeo, y os la envío, porque he escuchado hablar mucho de vuestra virtud, riqueza e influencias. Por ello, y porque sé que me lo agradeceréis efusivamente, os informo de lo que ha ocurrido: vuestro ahijado Amadeo ha sido

acusado por una mujer, que salía huyendo medio desnuda del cuarto de él, de haber sido violada; y no sólo eso, sino que además según su testimonio el fraile invocó una presencia demoníaca que le sirvió y atendió. El vulgo que lo escuchó propagó la noticia, y pronto media Sevilla estaba en la puerta de la posada. Hubimos de colocar varios guardias y amenazar con una carga a caballo para disuadir a la gente de su intención: entrar y asesinarlo. Poco más tarde se le detuvo, acusado de brujo, adorador del demonio y hereje; éstas ideas fueron confirmadas por pruebas como un extraño texto en árabe encontrado encima de su mesa, que a tenor de lo dicho por un sacerdote está plagado de mentiras y blasfemias. A la mañana siguiente fue condenado a la hoguera. La sentencia se ejecutará dentro de una semana exacta, al anochecer. Mientras vuestro ahijado permanecerá preso en la cárcel de Sevilla. Aunque él lo ha negado todo, eso para nosotros no representa prueba alguna. En los días que está durando su encierro (y conociendo vuestra generosidad) estoy procurando que su estado sea lo más placentero posible, y le he proporcionado las cuatro únicas cosas que me ha pedido: papel, tinta y pluma, y el texto árabe que le encontramos. Se pasa el día escribiendo en su celda.

Os recomiendo daros prisa en cualquier diligencia que queráis emprender, pues la sentencia no será postergada. Si no hacéis nada de aquí a siete días, vuestro ahijado, fray Amadeo de Valdepeñas, arderá como un muñeco con la llegada del anochecer.

Se despide atentamente,

Don Pedro Sanz

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 21 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Todo esto es muy extraño. Me han maltratado y encerrado aquí sin darme explicaciones de por qué: el día de ayer lo recuerdo entre nebulosas brumas de dolor. Prefiero no contároslo. Ahora mismo estoy metido en una pequeña celda de apenas la altura de un hombre, y en la que sólo caben el jergón de paja en que duermo, una banqueta y un bacín para hacer mis necesidades.

Al parecer el carcelero tiene prohibido dirigirme la palabra, y sólo el alguacil me habló, para preguntarme si deseaba algo; le indiqué que sólo quería las cosas que necesitaba para continuar con mi traducción. Es lo único que me interesa ahora.

Os haré llegar esta carta a través del alguacil. Ese hombre maldito y codicioso pretende convenceros de que me está tratando con corrección para pedir os dinero, ¿no? No os fiéis de él, hasta ahora sólo ha tenido para mí insultos, golpes y una basura de comida que he preferido no probar. No tengo miedo de que pueda leer esta carta: estoy seguro de que lo va a intentar, y por eso la he escrito en griego.

Hay una cosa que no hago más que preguntarme: ¿qué me está pasando? Desde que he salido del monasterio sólo

me han pasado cosas horribles. ¿Es tan maligno el mundo de fuera que sólo guarda veneno, como las serpientes? Al parecer sí: sólo he encontrado en estos días gente triste, pobre, hambrienta, malvada, mezquina y codiciosa. Pero os diré una cosa, hermano: aún sabiendo esto no quiero volver con los monjes. No sin antes traducir completo este texto, aunque el destino esté intentando impedírmelo; ni sin desenmarañar el misterio del ya caído caserón. No, no me iré sin averiguar qué está pasando aquí.

Tampoco perderé más tiempo. Voy a aprovechar las escasas horas de luz que me da el ventanuco de esta húmeda prisión para continuar con la traducción de la extraña historia que me tiene en vilo. He aquí su continuación:

Durante dos semanas no hicieron otra cosa que cabalgar y hablar, conocerse y sembrar una hermosa amistad. Sólo se detenían de vez en cuando para que Caín asaltara un cortijo y se llevara otro caballo y algunas gallinas. No habían vuelto a ver a su amo desde la huida, y esto hizo que Diana tuviera muchas esperanzas de haberle dejado atrás. Así se lo confesó a su acompañante, y éste le contestó con tristeza:

-No tengas vanas esperanzas, amiga mía. Nada puede despistar a Lucifer y los suyos por mucho tiempo. Mi señor estará espiándonos en algún lugar, esperando el mejor momento para cogernos. No hay esperanza en esta carrera.

-¿Y por qué huimos entonces?- respondió ella sollozando.

-Para dar tiempo a que Dios escuche los cascos de nuestro caballo.

-¿Qué pretendes decir?

-Sólo Alguien puede salvarnos: el eterno Enemigo de mi amo. . Es lo único que se me ocurre. Cabalgaremos hasta encontrar un templo cuyo sacerdote tenga verdadera fe, que envíe nuestras plegarias a su Señor. Bautizaremos al niño.

-¿Eso nos salvará?- preguntó ella esperanzada.

-No lo sé. Pero es lo último que nos queda. Estamos ya cerca de Sevilla; buscaremos allí. -dijo Caín, y con una esperanza a la vista siguieron cabalgando.

Muy cerca, una sombra oscura lo escuchaba todo.

Esa noche acamparon en un claro del bosque y se acostaron uno junto al otro para guardar el calor, el niño acurrucado entre ambos. Ataron al caballo a un árbol y durmieron tranquilos.

Un ruido sordo, de algo que caía con fuerza al suelo, se escuchó. Pasos silenciados y un tintineo metálico. Se acerca. Los mira. Desenvaina. El ruido despierta a Caín. Éste salta muy rápido, se pone en pie. Alza su acero, que tenía abrazado, y grita:

-¡Maldita bestia, no eres ya mi señor!- y se lanza a la lucha.

Intercambian algunos golpes. Diana se despierta, grita aterrorizada. El niño llora.

El niño llora.

El ser, horrendo, de ojos rojos y malévolos, manos grandes, alas negras y fuertes músculos, no mueve sus labios, pero los dos escuchan una voz.

-Entregadme al niño.

-¡No lo haré!- le responde Caín, y lanza otra estocada. Su amo la esquiva con facilidad. Y con esa voz que sólo la mente puede escuchar dice:

-¿Por qué lo haces, siervo mío? Aún puedes ser perdonado. Eres fuerte. Ella no es más que una humana, ¿por qué sacrificar tu vida?

-¡Porque hay más en su alma humana de lo que nunca podrá habitar en la nuestra, hijo de perra!- le grita, y golpea de nuevo. -¡Huye, Diana! ¡Corre hacia Sevilla! ¡Corre! ¡No me esperes!- ella duda. Caín retrocede unos pasos, la levanta y la empuja. -¡He dicho que te vayas!- ella corre, desata al caballo, se monta encima y le mira, y le grita mientras se marcha:

-Caín, te esperaré. Siempre.

-¡Márchate ya!- le responde su compañero, furioso, y se lanza de nuevo al combate.

Ella huye. Desde lejos no puede ver cuanto ocurre.

Pelean los dos, amo y siervo, durante largo rato, entrecruzan sus espadas, saltan chispas de sus golpes. Caín muerde la carne enemiga con su hoja. El rostro de su enemigo se muestra impasible. El ser alado es más fuerte que él, comienza a hacerle retroceder. Un fuerte golpe parte la hoja de su arma. Retrocede esquivando las estocadas. Su

espalda choca contra un árbol. Recibe un tajo en la pierna, otro en el pecho. Cae al suelo, malherido, llorando. El amo levanta la espada.

Desde lejos Diana no puede ver cuanto ocurre. Sólo oír un grito. Fuerte, grave, hace retumbar las montañas. Un grito de la garganta de Caín.

Llorando, gritándole al cielo, hace cabalgar más rápido aún al caballo. Se maldice por no haber muerto junto a él, y descubre que se había enamorado.

No pararía de cabalgar ni de llorar hasta alcanzar las puertas de Sevilla.

Dejo de escribir, la luz se escapa lejos de mí, se marcha por mi ventanuco. Esta historia me inquieta; si bien hasta ahora no veía relación alguna entre ella y la casa, llegado a este punto esa conexión se muestra clara. Mañana si Dios quiere os escribiré de nuevo con más novedades.

Que Dios os guarde,

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 24 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Alguien está intentando matarme.

No contento con encerrarme en esta prisión y condenarme a muerte injustamente, algún malvado pretende acercar ese último momento. Estos últimos días, que no os he escrito, he estado terriblemente enfermo por culpa del veneno que algún desalmado echó en mi comida.

No sé si sabréis que el vil carcelero me traía de comer prácticamente basura cogida de la calle: carne maloliente prácticamente cruda, agua sucia, sopas frías que nunca me atreví a probar. Mantuve mi ayuno para evitar esa comida hasta el día 22, que me fue traído un cuenco lleno de sopa caliente y con bastante buen aspecto. Su delicioso olor me hizo olvidarme del ayuno. Pudo más el hambre que la prudencia, y levantando el cuenco llevé el líquido a mis labios.

No probé más que un pequeño sorbo, pero un fortísimo sabor almendrado me hizo detenerme y escupir lo que había entrado en mi boca. Tiré el cuenco, furioso, y llamé a voces al carcelero. ¡Veneno! ¡Había ponzoña en mi comida! ¿Cuál? Eso no lo sé. Pero sus efectos sí los tengo claros: cuando el carcelero llegó, alarmado, yo no veía ni la celda, ni mi camastro ni nada; habitaba en un mundo irreal, vi luces, colores extraños y algo que me amenazaba

frente a mí. No sé lo que pude hacer, poseído de una fuerza increíble en mi locura. Sentí que corría, que alguien intentaba cogerme y yo lo catapultaba lejos; llegaron más hombres y me metieron entre todos en la celda. He permanecido hasta hoy en mi camastro, en un terrible estado febril entre la vida y la muerte. Cuando he despertado esta mañana, el alguacil ha venido para decirme que fui poseído por el demonio, y con su maligno espíritu en mi interior reventé la puerta de la celda, derribé al carcelero y casi escapo de la prisión. Pero "afortunadamente" fui detenido por los guardias, devuelto a mi celda y atado con sogas a mi cama. Allí permanecí hasta mi curación.

Por lo que me ha dicho, debido a esta poderosa prueba de mi maldad, mi muerte ha sido adelantada a mañana al amanecer.

Esta es la última carta que os escribo, hermano. Vuestra ayuda no podrá llegar tan pronto. Despedidme ante mis hermanos los monjes, y recordad tanto vos como ellos una cosa: no soy culpable de cuanto se me acusa. Que mi nombre no sea mancillado tras mi muerte. Moriré como un valiente: mirando al cielo y a sus agresores, perdonándoles y cerrando los ojos para entregarme a mi Señor.

No sabréis nunca más de mí. Adiós, hermano Mateo, que habéis sido para mí más que un padre.

Que Dios me perdone.

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 26 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Por segunda vez habéis salvado mi vida. Quedo en eterna deuda con vos.

El amanecer del día 25 llegó, fatídico, anulando mis últimas esperanzas. Con violencia fui sacado a ras-tras de mi celda; no opuse resistencia, pues lo vi más que inútil. Me subieron a un caballo pardo y en un trote cansino marchamos hacia las afueras de la ciudad, donde iba a ser ajusticiado. No habría público en mi muerte. En todo el camino no dejé de rezar, no cerré los ojos buscando la misericordia del sueño; quería aprehender cada instante, cada segundo que me quedara de vida. Cuando ya casi estábamos llegando a lo lejos vimos unos hombres cabalgar hacia nosotros. Llegaron, nos detuvieron, se apearon, y se presentaron: heraldos vuestros. En sus manos traían una carta del rey que salvaba mi vida. Así fui liberado, sin heroísmos ni sangre, sin haber llegado siquiera al lugar del ajusticiamiento. El alguacil, poniendo una cara extraña, acató las órdenes cuando reconoció el sello real y me llevó de vuelta a la cárcel para recoger mis pertenencias.

La bolsa de mi dinero, lógicamente, había sido saqueada a conciencia: quedaban escasas monedas en ella. Mi hato de ropa estaba intacto, y tampoco habían tocado desde la última vez el cuaderno árabe ni mis apuntes, así que lo cogí todo y me marché.

Lo primero que quise hacer fue ir a ver el lugar donde, supuestamente, debería haber muerto. Mis pasos me condujeron a un claro a un lado del camino, limpia la tierra de hierbas y matojos. Dentro de un círculo de piedras se erigía un montículo de leña con un gran poste en medio y unas ligaduras, como esperándome. Una brisa leve sacudía las ramas de los árboles. Preso de una excitación morbosa me acerqué a la pira y me senté sobre la leña. Incluso llegué a colocar mis manos entre las cuerdas, como preparándome para la incineración. Las saqué y cerré los ojos para sentir con todo mi cuerpo lo que debería haber sido mi muerte: el olor de la madera, el tacto de las cuerdas, el sonido del bosque a mi alrededor.

Debo decir que me quedé dormido.

Me despertó una música, como la flauta de un pastor. Abrí los ojos, avergonzado, y vi al otro lado del claro, tumbado al pie de un árbol y tocando, una pequeña figura.

Parecía casi un niño o un enano. Delgado, chiquito, de piel cetrina, vestía una pelliza de piel de cabra, unos pantalones de tela basta y botas de cuero. Hacía sonar una pequeña flauta de madera. Cuando le miré dejó de soplar, soltó el instrumento y alzó la cabeza. Vi sus ojillos destellantes, su pelo hirsuto y gran boca. Llevaba colgada del cinto una bota de vino: pensé que quizá era un borracho. Pero no, me dirigió la palabra perfectamente sobrio, o al menos eso me pareció:

-Ay, ay, parece que ahí iba a morir alguien... No debería usted sentarse ahí, no señor, debe dar mala suerte, sí, seguro. Yo que usted me marchaba... Tch, tch, mal asunto.

-¿Quién eres?-le pregunté mientras me levantaba.

-Vivo aquí y bátese con eso, señor... Ay, creo que usted debería marcharse, en serio, éste no es lugar... Ni siquiera para mí, ya ve. Pronto anochecerá...

-¿Qué dices? Si no ha llegado el mediodía...-dije extrañado.

-¡Llegó y pasó, señor! Lleva usted durmiendo horas. He cuidado de que nada le pasara... ¡Cualquiera podría haberle rebanado el gañote, señor, sólo para llevarse su bolsa y esos libros! Deben de ser muy caros, señor, aunque sea sólo por el papel...

-No puedo creerlo... ¿Llevas aquí desde esta mañana?

-Pues desde que usted llegó ya le vigilaba. No es que no me fiara de usted, ya sabe, pero cuando llega un extraño cerca de la casa de uno siempre hay que vigilarlo... Ay, señor, pasa por aquí gente muy rara. Y cuando se quedó dormido pensé que era mal asunto dejarle solo en medio de un bosque. Tch, mal asunto, mal asunto.- seguía parloteando el hombrecillo.

-Vaya, pues... gracias, supongo, por cuidar de mí. No tengo nada que darte a cambio, lo siento mucho. Me han robado todo lo que tenía. - le aclaré.

-¡Tch, señor, no me ofenda! ¿De veras cree que lo hago por dinero? Oh, vamos no quiero el vil metal, no, ¿para qué? Vivo bien aquí, con mi vino y mi flauta. No, gracias, no lo necesito. Sólo lo hago porque, al fin y al cabo, usted es especial... Tch, ya me entiende.

-¿Especial? ¿Por qué lo dices?- pregunté extrañado.

-¡Oh, vamos, ya sabes! ¿Por qué iba a visitarte la dama Lilith si no? Y nadie apresa a un monje así porque sí. Nadie se molesta en intentar envenenarlo. Ay, no me digas que no te has dado cuenta. Tantos intentos no pueden ser casualidad. Tch, mal asunto, mal asunto... En fin, yo me marché. Ya no me necesitas. ¡Hasta luego!- exclamó rápidamente, y echó a correr bosque adentro.

-¡Un momento...!- le pedí. Pero ya se había marchado.

Quedé muy intrigado con sus palabras. Obviamente ya había pensado en ese asunto, pero que me dijera eso un extraño, tan cierto palabra por palabra, me dejó de piedra. Efectivamente estaba anocheciendo, así que me apresuré para llegar a la ciudad, donde encontraría algún techo bajo el que dormir. La posada en que estaba hospedado ya no me aceptaría, y tampoco tenía dinero suficiente para pagarla. Me conformé con un triste sitio en un establo. Ya hoy, día 26, sentado a las puertas de una iglesia retomé mi tarea de traducir el texto árabe. He aquí lo que sigue de la historia:

Sólo la detuvo la guardia sevillana; ante aquel erizado muro de picas tuvo que tirar de las riendas hasta frenar al caballo. Desmontó y excusó como pudo su extraña llegada para que le dejaran pasar. Al poco ya estaba pisando el suelo empedrado de la ciudad.

Pasó todo un día buscando un lugar donde dormir y esperar. Al fin encontró una casa abandonada y en ruinas en

mitad del barrio morisco. Los vecinos la recibieron con frialdad: una extraña, y además cristiana, que venía a ocupar un caserón desocupado desde hacía años. Pero la presencia del niño recién nacido ablandó los corazones de algunas mujeres, y ellas se encargaron de proveer a Diana de lo mínimo: mantas, comida, lumbre y compañía. Así pasó una semana, arropada por el cariño de unas pocas almas caritativas. Se sentía a salvo. No había vuelto a ver la oscura y maligna sombra, premonitoria del demonio alado que la perseguía.

Una noche, abrazada a su hijo frente al fuego del hogar, escuchó dos golpes en la puerta de abajo. Pensando que sería alguna de sus amigas, bajó con tranquilidad y abrió la puerta. Le dio un vuelco el corazón cuando vio a Caín, sonriente y con los brazos abiertos, esperándole. Corrió a abrazarle, le besó, le estrechó con fuerza y le llevó ante el fuego sin dejar de hablar.

-Gracias a Dios que estás vivo... Bendito sea... Ven aquí, no te quedes en la puerta que hace frío. Quítate la capa, vamos, siéntate cerca del fuego, a mi lado, cuéntame qué ocurrió...- y así, interminable. Cuando se hubieron sentado ella acomodó al niño y se le acercó.- ¿Te pasa algo? No dices nada...- en efecto, Caín no había abierto la boca aún. Ella le miró a la cara con atención, buscando en su rostro algún signo: ni un pestañeo, ni un débil movimiento de labios, nada, sólo quieto, sentado. Le tocó el brazo, preocupada: - ¿Estás...?

Y sin emitir ruido alguno, con sordas convulsiones, Caín comenzó a escupir sangre. Cayó al suelo, se revolcó: sus ropas se rasgaron de repente, como si cruzara su pecho un metálico filo, y una gran herida se abrió en su torso, derramando roja sangre. Lo mismo ocurrió en su pierna. Tan sólo gimió cuando reventó su cuello; entonces levantó

una mano temblorosa hacia Diana, para volver a caer al suelo un segundo después. No se movió más, ni rasgó su piel otro estigma.

Sin comprender lo que ocurría, lo miraba todo, paralizada por el pánico, desde una esquina. Acunaba al niño, que lloraba sin parar. Cuando todo acabó envolvió a su hijo entre mantas y abrazó, llorando, el ensangrentado cadáver.

En algún lugar cercano, un bulto, quieto como en un letargo, cobró vida de repente. Se levantó rápidamente, alzó el vuelo y se apresuró hacia la casa. Se temía lo peor. Tenía que darse prisa.

Hermano Mateo, está empezando a llover. Debo abandonar esta tarea. Os envío esta carta, y mañana continuaré con lo que queda de este extraño texto árabe. Queda muy poco de él, y aún no entiendo qué ocurre exactamente; pero creo que el desenlace está próximo. Quiera Dios que así sea.

Que Dios os guarde

Amadeo

Carta de fray Amadeo de Valdepeñas a fr. Mateo Ruiz, a día 27 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Hermano Mateo,

Anoche tuve unas extrañas visiones. En ellas, un ángel del Señor, de extremada belleza, se acercó a mí y me dijo en latín: “¿Quién eres tú?” Yo le respondí: “El siervo de Dios fray Amadeo”. “Tú no eres tal cosa”, contestó. Rasgó mis vestiduras y me quitó los zapatos; a cambio me dio un sencillo jubón, unas toscas botas de cuero y un bastón de roble. Abrió de nuevo su boca: “Vete ahora”, dijo. El ángel se marchó, y oí un suave aleteo; ante mí se posó una paloma negra, que traía en su pico una ramita de olivo. La soltó a mis pies, me lanzó una mirada inteligente y se marchó. Después, desperté. ¿Cuál será el significado de este sueño? La mente nos juega malas pasadas de noche, hermano, y tal vez no debemos fiarnos de todas las cosas que veamos en ese mundo de imágenes ficticias...

El párroco de la iglesia en cuya puerta estaba ayer escribiendo os conocía, pues al nombraros me ofreció sin dudar una cama y un plato de comida. Ya habrá tiempo de agradecérselo con creces. Ahora sólo deseo una cosa: acabar de traducir el texto árabe. Y a ello voy. Así termina la historia:

El demonio se lanzó en una febril carrera contra el tiempo. Derribó las puertas de la casa, corrió hacia la habitación de Diana, pero ya era demasiado tarde. En el suelo, dos cadáveres, abrazados en una póstuma declaración de amor,

yacían para siempre. Uno, el cuerpo ensangrentado del hereje Caín, siervo del demonio, asesino, brujo y blasfemo, que peleó hasta el final contra lo inevitable llevado por un amor que él creía fuera de lugar en su negra alma. Otro el de la pobre e inocente Diana, alcanzada al fin por su perseguidora: la muerte, pues era su destino morir antes o después, de una forma u otra. Y en un rincón el niño, inconsciente partícipe de todo, durmiendo plácidamente.

Entonces, sólo entonces se abrieron mis ojos, supo comprender mi corrompido corazón la verdad que le había sido negada por nacimiento: él había sido también un niño como ése, y alguien como yo le había arrebatado la esperanza de la Salvación, el Bien, la Virtud, repitiendo una escena como ésta, cumpliendo un fatídico y cruel y eterno ciclo. Maldije al que me condenó, me maldije a mí mismo, miré mis negras alas, símbolos de mi maldad, miré a mi siervo Caín y a su amada Diana, muertos por mi culpa, y miré al niño, al que mi Amo me había ordenado que convirtiera en uno de los nuestros. Llorando me agaché y abracé a los dos cadáveres. Entonces albergaba mi alma lo que hubo una vez en la de ella.

Pasé así horas, hasta que comprendí que no podía perder un segundo más. Enterré bajo el suelo de la casa los dos cuerpos, sin atreverme a elevar una plegaria por su alma, pues no sabía quién se los había llevado: si Dios o el Diablo. Subí a por el niño y lo estreché entre mis brazos. Era mi hijo. ¿Mi hijo? No, no lo era. El niño era el hijo de Caín. Él le había salvado la vida. Pero yo aún podía hacer algo: comprendida la verdad, debía remediar mis faltas. Salvaría al niño de mi Señor.

Llevo dos días escondido en la casa escribiendo esta historia, la mía, pues mucho puede aprenderse de ella:

hasta la más muerta de las almas guarda un pequeño punto de luz en su interior. Las razones por las que la he escrito así son diversas: la principal es que me avergüenzo de todas las cosas que hice, y de esta forma he evitado rememorar los detalles dolorosos para mí. De todas formas, los motivos son míos. Así la he contado y así fue. Sé que los cazadores de mi Señor ya me cercan, prestos a vengarse por mi traición y a llevarse al niño. No puedo huir de ellos, es imposible. No intentaré hacerlo. Les esperaré aquí como un valiente, como Caín se quedó luchando conmigo para salvar por un tiempo la vida de Diana.

Pero he salvado la vida del niño. Esta misma mañana lo llevé a una iglesia: pese a que no pude entrar, desde la puerta ordené al sacerdote que bautizara al pequeño con el nombre que yo mismo había elegido: "Amadeo", "el amado por Dios". Ya está. No podrán convertirle en un ser como yo. No conseguirán tentarle hasta que sea adulto; estará a salvo durante muchos años, pues de niño no se puede pecar y por tanto no se puede caer en manos del Maligno. Cuando crezca estará en peligro; el Infierno no olvida y es vengativo, y volverá para buscar la oveja descarriada. Pero entonces él podrá defenderse por sí solo.

Pero no me podía conformar con esto. Aún había peligro de que enviaran un sicario para matarlo. Escuché que un tal Mateo Ruiz, influyente y piadoso fraile venido desde Madrid, estaba de visita en la ciudad. Abrigué al niño como pude, escribí una breve nota indicando su nombre y pidiendo por favor que le cuidaran bien y coloqué entre sus manitas una bolsa llena de monedas. Al anochecer lo dejé en la misma puerta en que se hospedaba fray Mateo. Creo que he hecho lo correcto.

Y ahora es de noche, estoy sentado frente a la chimenea encendida, escuchando el crepitar de la madera húmeda. Ya llegan, ya les oigo, vienen a por mí y nada puedo hacer contra ellos. Una paloma negra se posa en mi ventana abierta, me mira unos segundos y se marcha. Me gustaría que este momento fuera eterno: retrasar el momento de mi muerte, seguir escribiendo hasta el fin, escuchando el crujir de la pluma sobre el papel. Pero no puede ser. Toda historia debe terminar, y ésta no puede ser menos. Adiós, lector, que has compartido mis vivencias; espero que algo hayas sacado de ellas.

Envuelvo este cuaderno en tela blanca, símbolo de la pureza; sobre él colocaré un crucifijo bendito que esta tarde me entregó el sacerdote que bautizó a Amadeo. Su contacto me quema las manos, pero no importa, pues sé que su sola presencia protegerá de cualquier mal este paquete. Ya están aquí. Ha llegado el fin de esta historia. Que Dios me perdone.

¿Habéis... habéis leído eso?
No puede ser. Es imposible... Pero... ¿y si...?

Dios mío, hermano Mateo. Es cierto. No cabe duda. Yo soy... ese niño... y ese demonio es mi padre, y esa muerta es mi madre... Y ahora, ¿qué?

Escribo esto sentado ante las ruinas del caserón donde acabó todo. Llevo llorando desde que lo vi: aquí están

enterrados todos, y también el cuerpo de ese ser que me concibió; ese incendio estaba destinado a matarle... Y se ha repetido durante veinte años. Para atraerme, *"cumpliendo un fatídico y cruel y eterno ciclo"*. Y así mis hijos vendrán a mi tumba, y leerán mi epitafio y dirán: "¿Ahí yace mi padre? Es imposible que esa sórdida calavera estuviera viva", y no lo creerán, y pasarán su vida pensando que ellos no van a morir, que eso sólo le pasa a los demás. Ahora he desentrañado el misterio, aunque sería más adecuado decir que el misterio me ha desentrañado a mí.

¿Y qué voy a hacer? No sólo no soy un hijo de Dios sino que soy un bastardo del Infierno. Ni en uno ni en otro me quieren: el uno me expulsa, como vi en mi sueño, y el otro intenta matarme. Creía que sabía quién era: Amadeo de Valdepeñas, siervo del Señor. Pero no soy tal cosa. Ahora no conozco ni mi propia identidad.

Debo encontrarme a mí mismo, labrarme un pasado para poder encontrar mi futuro. Cuelgo los hábitos, hermano Mateo; dejo de ser fraile, pues no puedo servir a un cielo que me repudia. Viviré como otro cualquiera: caminaré sin cesar hasta encontrar un sitio al que llamar mío y un nombre que saber propio. Amadeo ha muerto, hermano, como debería haber ocurrido hace veinte años; hoy nace un hombre nuevo que se maravilla de estar vivo, que aún no sabe andar ni hablar ni escribir su nombre.

Esto es lo último que sabréis de mí. Hasta siempre, hermano Mateo. Sabed que nunca os olvidaré.

Que Dios me perdone.

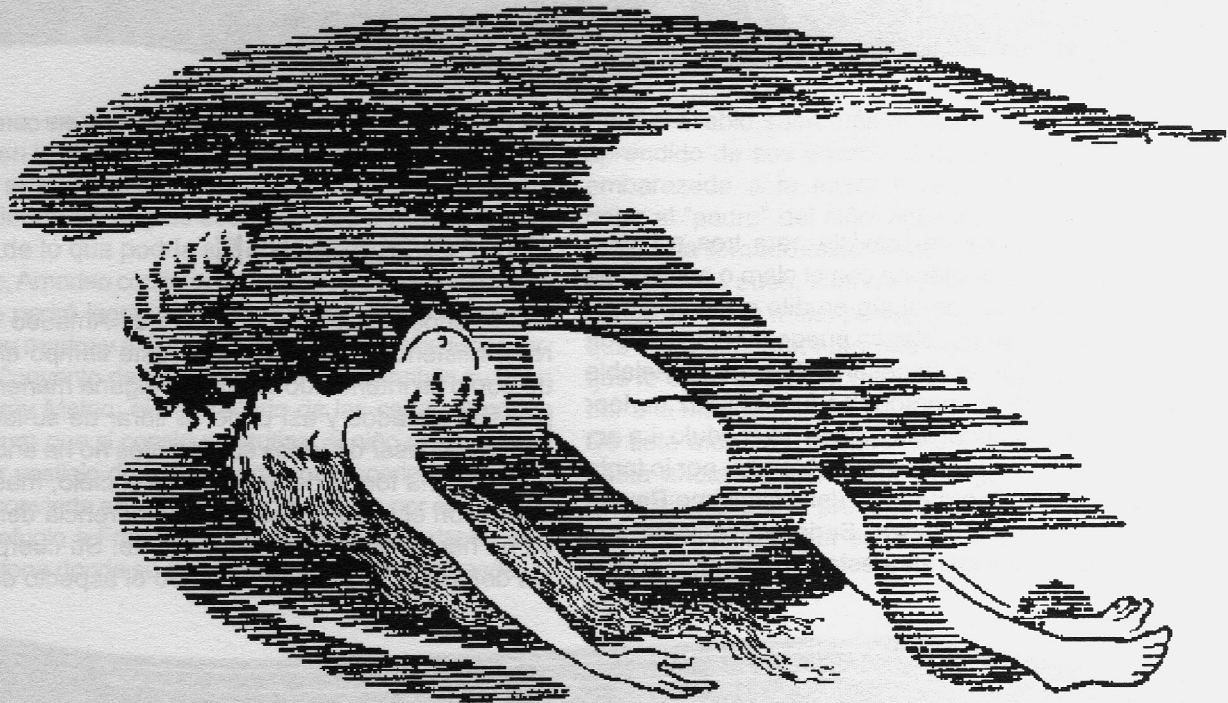
Amadeo

Diario personal de fray Mateo Ruiz. Entrada del día 1 de Diciembre del año de Nuestro Señor de 1365.

Estas cartas son los últimos testimonios de la vida de mi ahijado, Amadeo de Valdepeñas. No sé si es una historia esculpida para escapar sin manchar su nombre, o si realmente es cierta. No he vuelto a saber nada de él, y me temo que nunca más volveré a ver su querido rostro.

Pero si en un camino cualquiera veo a un hombre triste buscando fuera algo que habita en su interior, sabré que es él. Ese momento espero.

Que Dios nos perdone.



Amadeo

Por Jordi Martín

Amadeo es una aventura prevista para tres o cuatro jugadores con alguna relación con el clero o con la baja nobleza. La presencia de algún erudito o algún entendido en magia goética o blanca puede ayudar, aunque de ninguna manera es necesario. Sería aconsejable eso sí, que uno de los personajes fuera capaz de leer latín para poder entender la totalidad del módulo. La acción se desarrolla en la villa real de Morella, por lo tanto es una ciudad bajo la protección del mismísimo Rey de la corona catalano-aragonesa. Sería conveniente que los jugadores pertenecieran a esta corona, pero si esto

no es posible, no hay ningún problema en cambiar las localizaciones para favorecer la partida.

Introducción

Veinte años han pasado desde que Amadeo desapareció misteriosamente. Durante este tiempo el hijo del demonio ha intentando encontrar alguna manera de expiar sus pecados y así poderse librar de su legado de sangre. A pesar de todos sus intentos no ha encontrado aún ninguna forma de asegurarse el cielo, mas al contrario, con el paso de los años su herencia demoníaca se ha hecho cada vez más evidente. Su cuerpo se ha ido deformando y ha ido tomando el aspecto de un ser

del averno: un par de alas negras cartilaginosas le han crecido en la espalda, sus dedos se han alargado y han tomado el aspecto de afiladas garras y su piel se ha ido cubriendo de negras escamas que alejan cualquier vestigio de lo que podría ser su humanidad.

Con todo, Amadeo continúa buscando su salvación y ahora cree que podrá lograrla. Ha descubierto que lo que le sucedió a su madre y a él va a repetirse en Morella, lugar cercano al Convento de Sant Francesc donde habita su buen amigo Fray Mateo, el destinatario de las cartas. Amadeo está seguro que si consigue bautizar al niño antes de que cualquier vestigio de mal consiga corromperle evitará que este se convierta en una bestia como él. Es por ello que ha pedido refugio a Fray Mateo en el convento y desde éste vigila la zona donde se encuentra la mujer embarazada.

Pero el Diablo sabe más por viejo que por Diablo y ha aprendido de sus errores. Esta vez, en lugar de dejar embarazada a la mujer y abandonarla, ha decidido dejar al “padre” del niño vigilando en forma humana a la que ha tomado falsamente por esposa y a la futura criatura. Así pues, cuando Amadeo intentó ponerse en contacto con la mujer para protegerla e informarla de lo que iba a suceder, tubo que enfrentarse a un demonio que le superaba en poder impidiendo que pudiera ayudar a la madre.

De esta manera, Amadeo lo único que ha conseguido hasta ahora es aterrorizar a la gente de Morella que atemorizada por la presencia de la gran bestia, ha pedido ayuda. Es aquí es donde entrarán en la historia los jugadores.

Morella y la Bestia

Los jugadores han sido llamados por su superior directo, ya sea del clero o de la alta nobleza, para que asistan a una reunión. En ella su superior les informará del problema que esta acaeciendo en la villa real de Morella. No de muy buen humor, vuestro superior os hace pasar y os indica que os sentéis sin necesidad de ninguna formalidad.

-Iré al grano. No me gusta lo que sucede y menos cuando se trata de las supercherías de la plebe. Me ha llegado una carta del mismísimo Rey y eso nunca es bueno. Por lo visto su Majestad ha recibido noticias desde la Basílica de Santa María situada en Morella

donde se le pide ayuda para resolver un problema que acontece en la villa real. Hace ya casi un siglo que esta ciudad se encuentra bajo la protección de Su Majestad debido a ciertos sucesos que no vienen al caso y el rey tiene cierto interés en que la gente que la habita esté contenta. Su Majestad se ha dirigido a mi persona para que resuelva el caso con total discreción, así pues he decidido que vosotros, mis fieles súbditos, os encarguéis de solucionar este problema.

Vuestro superior medita momentáneamente lo que va a decir a continuación mientras os observa detenidamente a los ojos sin parpadear.

No me andaré con rodeos, por lo visto, en las últimas semanas se ha visto una bestia alada en los alrededores

res de la ciudad. Este engendro del demonio , según cuentan los habitantes de la zona, se ha atrevido incluso a penetrar en las calles de ésta atacando a varias familias que se han podido salvar sólo gracias a la valentía de algunos de los guardias. No creo que se trate de ningún engendro del demonio, si no más bien de un grupo de ladrones que quiere beneficiarse de la incultura del pueblo. Vuestra misión será os llevará a la ciudad donde acabaréis con esa bestia o lo que sea sin llamar la atención. En cualquier caso no quiero que se difunda el rumor de que un demonio ronda por una de las ciudades bajo la protección directa de Su Majestad, por lo tanto no iréis con ningún tipo de escolta. Preparaos para el viaje ya que debéis partir mañana a muy tardar. Eso es todo.

El superior nuevamente sin ningún tipo de formalidad les entregará una carta de presentación para el Consell de la Vila (el consejo de la ciudad) y les despedirá de la habitación dejándoles un gran problema como puede ser el de enfrentarse a un verdadero demonio.

En la ciudad

Morella fue conquistada a los Musulmanes en 1232 de la mano de Blasc d'alagó por orden del rey Jaume I. El 7 de enero de ese mismo año fue convertida en villa real bajo la protección del mismísimo rey, día de San Julián mártir, por ello elegido patrón de la ciudad. Morella es una ciudad en plena expansión muy propicia y

con un buen porvenir, es por ello que el Rey está interesado en que nada malo ocurra en la ciudad. A pesar de que actualmente la economía de la ciudad se basa principalmente en la agricultura, no tardará mucho en convertirse en un importante centro comercial, político y religioso.

El viaje transcurrirá sin ningún altercado para los personajes y podrán llegar a la villa de Morella hacia el atardecer. Tras presentarse en el Consell de la Vila se les dará unas habitaciones modestas donde poder descansar y aposentarse y se les citará durante la cena para explicarles el problema que acontece en la ciudad.

En la cena se les servirá un exquisito plato de la zona: un rico ternasco relleno de trufas aderezado con un variadas especies de setas, hierbas aromáticas y aceite de oliva. Les acompañarán en la mesa un par de hombres ya maduros que pertenecen al Consell de la Vila: Jordi y Lluch. Una vez acabada la rica cena, Jordi iniciará el relato de lo sucedido los últimos días en la ciudad.

-Durante las últimas semanas hemos vivido atemorizados por las noches. Al principio creíamos que únicamente se trataba de bandidos, pues las sombras que recorrían las afueras de la ciudad, huían cuando notaban la presencia de la guardia. Pero poco a poco se fueron envalentonando y lo que nosotros creíamos que eran sombras se nos mostró como una gran bestia negra alada venida del mismísimo infierno. Los guar-

días consiguieron asustarla, en ningún momento hirió a nadie, pero la semana pasada, la bestia penetró en el interior de la ciudad evitando a los guardias y atacó a varias casas de la vila. La bestia destrozaba cuanto encontraba a su paso pero gracias a que la gente estaba avisada la bestia siempre huía cuando los hombres de la casa se enfrentaban a ella armados con sus herramientas del campo. La criatura parecía estar buscando alguna cosa, ya que registró varias casas de la zona de arriba abajo. No sabemos que hacer, por eso hemos pedido ayuda a Su Majestad y le agradecemos enormemente que os hayan enviado para ayudarnos"

Jordi i Lluch poca cosa más podrán decirles, la Bestia no ha herido a nadie, pero asusta a los animales y temen

que haya venido a buscar el alma de alguien. Por mucho que han rezado a San Julián en la basílica de Santa María la bestia no ha desaparecido. Están desesperados y prestarán toda la ayuda que necesiten. Si preguntan por algún lugar donde la bestia pueda haber ocultarse durante el día les dirán que hay cientos de lugares donde podría hacerlo. La villa de Morella está rodeada de bosques no transitados, han patrullado algunos de ellos y han pedido ayuda al cercano convento de Sant Francesc, pero hasta el momento no han encontrado rastro de la bestia ni saben que es lo que puede estar buscando.

Lluch acompañará a los jugadores a sus aposentos indicándoles que al día siguiente les acompañará para enseñarles la zona.

Lamentablemente lo que no saben los jugadores es que el "hijo del demonio" nacerá al día siguiente con lo que esta noche es la última oportunidad de Amadeo para salvar a la madre. Desesperado como está, ha decidido atacar la casa donde vive la madre enfrentándose al demonio encarnado en la figura del padre de la criatura. El combate es feroz y Amadeo es herido severamente, aún así consigue coger a la madre y el demonio temiendo que la madre muera estando tan cerca de la victoria evita atacar a Amadeo esperando poder seguirle por la mañana cuando este esté más débil debido a las heridas que le ha producido durante el combate.

Diez minutos más tarde del combate Jordi aporreará la puerta de la habitación donde duermen los jugadores.

-Señores, Señores, la bestia ha atacado de nuevo y lo que es peor. Ha raptado a la esposa de Jaume, que estaba a punto de tener un niño. Creemos que el demonio quiere devorar a la criatura que debe nacer en los próximos días. Deben darse prisa por favor.

Los jugadores deberían aprovechar para salir a investigar esa misma noche, ya que el rastro de Amadeo es reciente. Si se dirigen a casa de Jaume podrán hablar con él. Es un gran actor que ha conseguido engañar a sus vecinos haciéndoles creer que es el esposo de Margarida, la mujer raptada, que se encuentra bajo

uno de sus hechizo. Jaume actuará como lo haría una persona corriente, estará muy preocupado, incluso llorará la pérdida de la mujer. Explicará como el demonio penetró en la casa rompiendo la ventana y como él intentó defender a su esposa con hoz. A pesar de que consiguió herirle el demonio consiguió capturar a su mujer y pide a los jugadores que le ayuden a capturar a la bestia.

El rastro de sangre dejado por la bestia es bastante claro. Las heridas que le ha provocado Jaume han sido grandes y si no fuera por la resistencia que le da su legado demoníaco, Amadeo ya habría muerto. Los jugadores pueden seguir ese rastro que se internará en el bosque. Realiza un par de tiradas de rastrear en

secreto para que los jugadores creen que van por el buen camino, aunque las fallen deberías dejarles que encontraran el camino seguido por Amadeo ya que tarde o temprano lo perderán en las inmediaciones de lo que debería ser su próximo destino.

El convento de Sant Francesc

Desde el lugar donde los jugadores han perdido el rastro podrán ver que se alza el convento de Sant Francesc, por lo tanto, lo más lógico es pensar que la criatura puede haberse escondido en los alrededores. Sería una buena

idea que alguien del convento les indicara las zonas donde la criatura pudiese esconderse. Lo que no saben los jugadores es que el convento se haya bajo la tutela de Fray Mateo, el amigo de Amadeo, que le ha dado cobijo en una de las cámaras secretas que conectan el monasterio con el castillo. Lo que tampoco saben es que Jaume les ha seguido desde lejos y de esta manera también está a la caza y captura de su enemigo Amadeo.

El convento de Sant Francesc es de construcción reciente. Situado al lado del castillo de Morella destaca por su estilo gótico de los siglos XIII-XIV. Lo más significativo de este convento es una pintura al fresco que se puede encontrar en la sala capitular que representa la Danza de la Muerte.

El convento está formado por cuatro zonas. La entrada da lugar a un pequeño jardincito con un pozo en medio rodeado de arcadas góticas. A su izquierda puede encontrar un refectorio pavimentado donde comen los habitantes del convento. Desde el fondo del jardín puede accederse a la Iglesia gótica cuya nave es muy grande y espaciosa. En el ábside de esta pueden observarse las nervaduras, unas ventanas muy alargadas y una serie de lóculos a la altura del presbiterio. Saliendo por el claustro pueden accederse a la zona de los aposentos dividida en dos partes: la zona superior está habilitada como estudio para el tutor del convento, Fray Mateo, la parte inferior en cambio está habilitada para una veintena de celdas donde duermen los habitantes del convento.

Llegarán a las puertas del convento al amanecer con lo cual podrán encontrar a sus habitantes realizando la misa de maitines. Acabadas estas un monje acudirá a recibirles. Los personajes tienen varias opciones: engañarle y pedir asilo para poder penetrar en la zona del convento o pedir una audiencia con el tutor del lugar y explicarle la verdad. En cualquier caso el hermano portero les acompañará hasta el despacho de Fray Mateo.

- El día amanece nublado y las primeras gotas de lluvia empiezan a caer. El hermano portero os abre la puerta que conduce al pequeño claustro del convento. El pequeño jardín tiene un pozo en su centro y está rodeado de arcadas góticas de construcción reciente. Tras rodear el claustro penetráis por una pequeña puerta

situada a la derecha de éste y subirá por unas escaleras hasta al segundo piso del edificio. Allí una única puerta se encuentra al fondo de un pequeño pasillo, le hermano llamará a la puerta y penetrará en esa segundos después.

La sala es un pequeño despacho decorado con austeridad. Un pequeño fraile de aspecto delgado y frágil está estudiando unas cartas en una pequeña mesal. Pese que sus facciones parecen severas y su voz es grave y firme se dirige con afecto al hermano portero indicándole que puede dejarles solo. En el exterior la lluvia cae cada vez más deprisa y los pocos rayos de luz que habían conseguido nacer ese día morirán de nuevo con las oscuras nubes de tormenta. A su vez el viento helado del exterior empieza a penetrar en la sala removien-

do los escasos cabellos negros del fraile. El fraile cierra las puertas de madera de la ventana y toma asiento a la vez que os indica que hagáis lo mismo.

-Mi nombre es Fray Mateo, y soy el tutor del convento. ¿En que os puedo servir?"

En caso que pidan alojamiento estará encantado de acogerles sin ningún tipo de problema. Lo mejor que podrían hacer los jugadores, pero, sería explicarle la verdad, quizás así consigan por casualidad descubrir alguna cosa. Mientras los jugadores le explican la historia Fray Mateo empezará a ponerse nervioso. Se levantará y empezará a caminar por la habitación, parece bastante intranquilo cada vez que se menciona al demonio y en cuanto le pregunten si sabe algo guardará

unas cartas que se encuentran encima de la mesa en una pequeña estantería del despacho mientras sus manos tiemblan visiblemente. Fray Mateo responderá que ha escuchado algunas cosas sobre esa bestia y que está muy nervioso porque teme que el demonio asalte su convento. Dirá que no lo ha visto nunca en persona y que no ha habido rastro de él. El comportamiento de Mateo al guardar con prisas las cartas que estaba estudiando y su evidente nerviosismo puede hacer sospechar a los jugadores de que les oculta algo. Si tratan de insistir el fraile se hará el esquivo. Si los jugadores insisten en ver las cartas que estaba estudiando, se negará rotundamente diciendo que se tratan de cartas personales eclesiásticas que no les puede enseñar. En ese momento un trueno retumbará en toda la sala y

Mateo no podrá evitar sobresaltarse presa del pánico. Invitará rápidamente a los jugadores a abandonar la habitación diciéndoles que pueden pasar el tiempo que deseen en el monasterio pero que él está ocupado y no puede atenderles en ese momento.

Los jugadores seguramente encontrarán extraño ese comportamiento y lo mejor que seguramente se les puede ocurrir es investigar el despacho de Fray Mateo cuando éste no se encuentre en él. El mejor momento para hacerlo es durante la noche, ya que en cualquier otro momento el edificio donde se encuentra el despacho estará recorrido por varios frailes del convento.

Las celdas donde pueden dormir los jugadores se encuentran en el mismo edificio que el despacho pero en su planta baja, por lo tanto no debería ser difícil subir al

despacho. Aún así uno de los hermanos ronda de noche por los pasillos vigilando el convento con lo cual los jugadores deberían ser sigilosos y evitar ser vistos, ya que rondar por la noche en el monasterio. El fraile pasa cada cinco minutos por el pasillo con lo cual los jugadores únicamente dispondrán de ese tiempo para subir al piso de arriba sin hacer ruido y abrir la puerta que se haya cerrada con llave. Para subir al piso de arriba sin que les detecten deberán superar una tirada de esconderse. En caso de llevar puesta algún tipo de armadura u objeto metálico que pueda provocar ruido tendrán un penalizador del 10%. Una vez en el piso de arriba los jugadores encontrarán la puerta cerrada con llave con lo cual deberán intentar abrirla nuevamente sin hacer ruido superando una tirada de Forzar Mecanismo. En

caso de fallar la primera tirada llamarán la atención del fraile vigía que irá a ver que es lo que ocurre debiendo volver a sus celdas si no quieren ser descubiertos. En caso de pifiar la segunda tirada la puerta se abrirá al romperse el cerrojo provocando un enorme ruido que alertará al fraile vigía.

Mientras los jugadores realizan sus pesquisas, el "demonio" Jaime también ha estado investigando y ha descubierto rastro del olor de Amadeo en el despacho de Fray Mateo. Mientras éste estaba esperando la visita de su amigo durante la noche para aconsejarle, Jaime ha penetrado en el despacho a través de la ventana y ha interrogado a Mateo. Tras descubrir las cartas Jaime ha decidido apoderarse de ellas para no dejar pistas y

eliminar a Mateo pues sabe demasiado. Los jugadores penetran en el despacho en ese mismo momento.

-Al penetrar en el despacho veis una oscura figura demoníaca perfilada en la oscuridad de la noche. Un gruñido resuena en toda la sala cuando descubre vuestra presencia. En ese momento la criatura agarra cuantos papeles puede de encima de la mesa y sale volando por la ventana derribando a Fray Mateo que también se encontraba en el despacho. Encima de la mesa han quedado algunas hojas sueltas y Fray Mateo no parece levantarse del suelo"

Los jugadores podrán coger las hojas de la mesa y examinar al fraile. Éste lleva algunos minutos muertos con

un cuchillo clavado en el corazón. Debido al ruido que ha provocado el demonio en su huida, los frailes se han despertado. Decididos se dirigen al despacho para ver que sucede. Al encontrar a los jugadores solos en la habitación los frailes no podrán evitar pensar que ellos han asesinado a Mateo con lo cual no les quedará otro remedio que apresarlos en una celda especial.

- Por favor no opongáis resistencia. No sabemos los motivos por los que habéis derramado sangre en este sagrado lugar. Pero tendréis la oportunidad de defenderos en un juicio justo ante la santa Iglesia. No queremos más derramamientos de sangre."

Si los jugadores se resisten se iniciará un combate con los frailes tarde o temprano les apresarán y dañar a al-

guno de los monjes sólo dificultará las cosas. Tras ser apresados, ya sea por las buenas o por las malas, serán conducidos a una pequeña celda situada en el interior de la iglesia.

La celda es una pequeña habitación de apenas cuatro metros cuadrados y sirve de almacén de la iglesia. Los muros son de piedra y la puerta está reforzada con hierro por fuera. Pudiendo ser cerrada por un grueso candado en el exterior. Salir de este lugar sería prácticamente imposible a no ser que.....

Una ayuda inesperada

Los jugadores pueden aprovechar este momento para leer las cartas que se encuentran en su poder. Déjales

leer las cartas de la primera a la cuarta que podrás encontrar en el relato que acompaña este libro. Los jugadores podrán empezar a discernir que es lo que se encuentra en juego pero aún necesitarán las otras cartas para poder completar la historia.

Una hora más tarde podrán escuchar unos ruidos tras una de las paredes. Se trata de Amadeo que ha descubierto lo sucedido y quiere ayudar a los personajes sin ser descubierto. Uno de los pasadizos secretos del monasterio conduce a la habitación donde están encerrados los personajes. Amadeo se ha encargado de abrir el mecanismo que lo cerraba y ha huido a toda velocidad para no ser descubierto. Si los jugadores investigan la pared donde han escuchado los ruidos y

superan un chequeo de Percepciónx3 podrán descubrir una pequeña muesca en la pared que permite abrir el pasadizo. Así los jugadores podrán escapar de su encierro y proseguir su investigación antes de que sea demasiado tarde.

El pasadizo puede cerrarse tras de sí mediante una palanca que se encuentra en la parte de dentro. Los jugadores no podrán encontrar rastro alguno de la persona que les puede haber ayudado. Si siguen el oscuro pasadizo a tientas llegarán tarde o temprano a una pequeña sala subterránea de uno de los edificios exteriores del convento. En la sala podrán encontrar un pequeño dormitorio que parece haber sido usado recientemente. Es más, en la pequeña cama se encuen-

tra un cuerpo que pronto reconocerán como la mujer de Jaume. La cama se encuentra manchada de sangre y a pesar de que la mujer se encuentra en perfecto estado la criatura ya no se encuentra en sus entrañas ya que nació el día anterior mientras los jugadores investigaban el convento. La mujer al verles se pondrá histérica y será incapaz de pronunciar otra cosa que no sea "Esperanza, Doncella". Esto deberá conducirles al lugar donde ha ido Amadeo para bautizar al niño, pero para ello deberán descubrir el significado de esas palabras hablando con alguien del pueblo.

Si investigan la habitación de Amadeo descubrirán también un pequeño escritorio donde se encuentran varios papeles con parte de la historia del pobre "Hijo del

Demonio". Los jugadores podrán tomarlas para poder conocer más sobre lo sucedido años antes. En caso de hacerlo déjales leer la quinta y sexta cartas del relato.

Para salir del recinto deberán seguir otro túnel que les conducirá por un pasadizo secreto al exterior del convento a través del pequeño granero que se encuentra en el exterior. El paso más conveniente que pueden seguir los jugadores es volver al pueblo e informar que han encontrado a la mujer. Esta no puede moverse ya que se encuentra demasiado débil después del parto y los jugadores no deberían quedarse rondando por el convento ya que podrían descubrir su fuga.

Jaume mientras ha intentado descubrir el paradero de

Amadeo, pero le ha perdido la pista ya que él no ha podido perseguirle a través de los pasadizos de la iglesia debido a que se encuentran en territorio sagrado. No quedándole otro remedio decide volver al pueblo para intentar encontrar otro tipo de rastro.

Llegados al pueblo descubrirán que Jaume ha desaparecido y que no hay rastro de él. Si preguntan por él la gente del pueblo les explicará que no le han vuelto a ver desde que su mujer desapareció y se despidió de los jugadores. Poco después Jaume regresará al pueblo sorprendiéndose de encontrar a los jugadores en el lugar.

Si los jugadores le preguntan donde ha estado, él les responderá que llevado por un ataque de furia ante la

impotencia de haber perdido a su mujer se internó en el bosque a la búsqueda de su esposa. No ha sido hasta ahora que ha dado su suerte por perdida y está seguro que no volverá a ver ni a su esposa ni a su hijo jamás.

Los jugadores nuevamente podrán sospechar pero Jaume es buen actor con lo cual difícilmente conseguirán sonsacarle alguna verdad. Si le informan que han encontrado a su mujer se pondrá muy contento y se interesará por el estado del niño. Sabiendo que éste ha desaparecido estallará en ira preguntándoles si saben donde pueden habérselo llevado. En caso que le comenten las palabras que balbuceaba su mujer no podrá evitar pronunciar el nombre de "Las fuentes de la Esperanza y la Doncella".

Este lugar se encuentra a cinco o seis kilómetros de Morella. Según la leyenda Morella estuvo a punto de desaparecer completamente a causa de una terrible peste que asoló la zona. Ningún médico ni curandero fue capaz nunca de salvar a nadie. Un día una joven niña soñó con las fuentes y veó que una blanca dama lavaba sus ropas en ellas. La dama llamaba a la niña para que acudiese a ella y ésta reconoció el lugar. Así pues la niña se escapó de casa y fue corriendo al lugar donde la dama blanca se le apareció. Se trataba de la virgen que le indicó que todo el pueblo debería lavar su ropa en aquel lugar y después realizar una procesión por toda la ciudad si quería que el pueblo se salvase. Al principio nadie creyó a la niña cuando contó su historia, pero como no les quedaba ninguna esperanza decidie-

ron hacer caso a la pequeña. Tres días más tarde la esperanza volvió al pueblo cuando la terrible peste empezó a remitir. Desde entonces el lugar fue venerado como "Las fuentes de la Esperanza y la Doncella".

Jaume entenderá enseguida cual es el propósito de Amadeo e indicará una dirección falsa a los jugadores para evitar que se entrometan en sus asuntos. En cuanto estos hayan abandonado el pueblo para ir en busca de Amadeo, Jaume se dirigirá al verdadero lugar donde se encuentran las fuentes.

Las fuentes de la Esperanza y la Doncella

Mientras los jugadores se alejan en dirección contraria no son capaces de imaginar lo que está a punto de suceder. Pero el cielo también vela por los suyos y si el demonio puede enviar a sus sirvientes, el cielo no puede ser menos.

En el camino podrán escuchar una dulce música de una flauta parecida a la de los pastores. Debajo de un árbol podrán ver a un a pequeña figura. Se trata de un niño , casi un enano debido a su pequeño tamaño. Delgado, chiquito y de piel cetrina, vestido con una pelliza piel de cabra y unos bastos pantalones de tela. Al ver a los jugadores el niño deja de tocar.

"Tch tch. Creo que estos viajeros se han equivocado de camino. Tch tch. ¿Dónde se dirigen vuestras mercedes? ¿A las Fuentes? Tch tch. Pues creo que van mal encaminados. Las Fuentes se encuentran en esa otra dirección. Creo que si de verdad quieren visitar el lugar deberían seguir mi consejo y si por casualidad ven a la Doncella denle recuerdos del pequeño pastor. "

En caso de que le pregunten quién es les responderá:

"-Vivo aquí y bástense con eso señores. Por cierto yo me daría prisa, la ceremonia debe estar a punto de empezar y no querrán llegar tarde vuestras mercedes, ¿no es así?"

Dicho esto el pastorcillo se internará en el bosque desapareciendo por completo sin dejar ningún tipo de rastro. Si los jugadores siguen sus indicaciones llegarán en muy poco tiempo, casi podría decirse mágicamente, al lugar donde se encuentran las Fuentes.

La ceremonia oscura

“Al llegar a las fuentes veis una alta figura de aspecto deforme encima de un pequeño altar de donde brota el agua de las fuentes. Encima del altar se encuentra un recién nacido que llora sin cesar. La alta figura parece acabar de tragarse alguna cosa y en estos momentos está bebiendo el líquido de un cáliz. Por lo visto una macabra

ceremonia está teniendo lugar en la fuente. El demonio pasa su garra por la frente del niño mientras murmura unas palabras y alza la vista

En ese preciso instante una figura se lanza atravesando el claro contra el demonio. Se trata de Jaume que intenta herir a la criatura con su hoz. El combate se sucede, pero el demonio parece no querer atacar al hombre. Al contrario intenta alejarse del lugar donde se encuentra el niño para evitar no herirle durante la batalla. ¿Qué es lo que está sucediendo?”

Los jugadores pueden dudar que hacer mientras tanto el combate prosigue y en ese momento Jaume visto que no puede con Amadeo en su forma humana decide adoptar su forma demoníaca real.

"La piel de Jaume empieza a ennegrecer rápidamente , su ropa se rasga mientras su cuerpo crece y en su espalda crecen dos inmensas alas negras. Los dos seres que tenéis ante vosotros parecen idénticos aunque el que fue Jaume es más grande.

-El infierno quiere a ese niño y ni siquiera un bautismo podrá arrebatárnoslo- son las palabras que pronuncia el demonio"

En este momento las cosas deberían quedar bastante claras. Su deber es ayudar a Amadeo que está protegiendo al niño. El combate será duro y cruel ya que Amadeo está demasiado herido para poderlos ayudar.

El Desenlace

En caso de perder el combate, bueno, el demonio tomará el niño y se lo llevará. Lamentablemente el bautizo ha sido llevado a cabo y el niño no se convertirá en bestia. Por su parte Amadeo vivirá el resto de su vida con su corazón lleno de tristeza al no haber podido evitar que otro niño cayera en las manos del Maligno. Si los jugadores vencen a Jaume, Amadeo se levantará a duras penas del suelo. Al no poder hablar en su estado actual y al no tener nada con lo que escribir, rebuscará en el cuerpo de Jaume y les entregará las cartas que él había robado. Tras darles las cartas Amadeo marchará intentando encontrar de una vez por to-

das la cura que le pueda conceder el descanso de una vez por todas. Déjales leer la sexta y la séptima carta con lo que descubrirán el resto de la historia y quien es el demonio que tienen delante si todavía no lo han descubierto. Además recibirán un total de 40 puntos de aprendizaje.

A partir de aquí lo que suceda es libre elección del Director de Juego. Algunas de las opciones podrían ser las siguientes.

- ▶ El niño puede no haberse salvado a tiempo
- ▶ Quizás los jugadores quieran ayudar Amadeo a encontrar una cura.
- ▶ ¿Qué es lo que harán ahora la madre y el niño?.

▶ Se volverá loco Amadeo debido a que este acto de bondad no le ha devuelto su humanidad?.

Sólo el destino y el Director de Juego saben lo que deparará el futuro.

Dramatis Personae

Amadeo



FUE	28	Altura	1'75 m
AGI	30	Peso	80 kg
HAB	18		
RES	30	Arm. Nat.	Escamas (Prot. 3)
PER	15		
COM	5	RR	10 %
CUL	20	IRR	90 %

Armas: Garras 65% (1d8+3D6)

Competencias: Trepar: 90%, Saltar 75%, Esquivar 80%, Escondarse 80%, Volar 75%, Otear 40%, Escuchar, 60%

Jaume



FUE	15/20	Altura	1'75 m
AGI	15/40	Peso	80 kg
HAB	10		
RES	/35	Arm. Nat.	Escamas (/Prot. 7)
PER	10		
COM	5	RR	0 %
CUL	10	IRR	150 %

Los atributos son los que posee en su forma human / demoníaca.

Armas: Garras 65% (1d8+3D6) (sólo en forma de demonio)
Hoz 70%

Competencias: Trepar: 90%, Saltar 80%, Esquivar 60%, Volar 75%, Otear 60%, Escuchar, 60%, Discreción 45%

Hechizos: Conoce todos los hechizos de goética de nivel 1 y 2.

Colección **LOS ROLATOS DE CROM**

- ☐ 1- El Conquistador - *Semper Fidelis*
- ☐ 2- El Despertar de Tsang Tseng - *Superhéroes Inc.*
- ☐ 3- Euromen: Genesis - *Superhéroes Inc.*
- ☐ 4- Cartas a Amadeo de Valdepeñas - *Aquelarre*
- ☐ 5- El Sacamantecas - *Aquelarre*
- ☐ 6- Juicio de Dios - *Aquelarre*
- ☐ 7- Los Lobos de Castrove - *Aquelarre*
- ☐ 8- Amanda Trémula - *Aquelarre*
- ☐ 9- ADD - *Superhéroes Inc.*

más información

www.quepunto.net

Tel. 93 300 47 00

c/ Zamora 91-95 3ª

08018 · Barcelona

(Puedes Fotocopiar esta hoja y enviárnosla con tus datos si quieres recibir más información de nuestros productos).

Colección **Aquelarre**

- ☐ 1- Básico: La Tentación
- ☐ 2- Básico: Edición de lujo
- ☐ 3- Fraternitas de la Vera Lucis
- ☐ 4- El Tribunal de la Santa Inquisición
- ☐ 5- La Danza Macabra + Pantalla Dj
- ☐ 6- Al-Andalus
- ☐ 7- Medina Garnatha
- ☐ 8- Ars Medica
- ☐ 9- Jentilen Lurra
- ☐ 10- Grimorio Vol. I

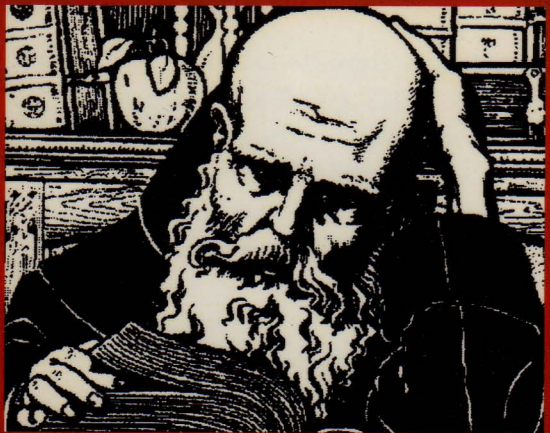
Rolato #4: Cartas a Amadeo de Valdepeñas

Rolato #5: El Sacamantecas

Rolato #6: Juicio de Dios

Rolato #7: Los Lobos de Castrove

Rolato #8: Amanda Trémula



Quepunto**es**



Veinte años han pasado desde que Amadeo desapareció misteriosamente. Durante este tiempo el hijo del demonio ha intentando encontrar alguna manera de expiar sus pecados y así poderse librar de su legado de sangre. Con todo, Amadeo continúa buscando su salvación y ahora cree que podrá lograrla. Ha descubierto que lo que le sucedió a su madre y a él va a repetirse en Morella, lugar cercano al Convento de Sant Francesc. Amadeo está seguro que si consigue bautizar al niño antes de que cualquier vestigio de mal consiga corromperle evitará que este se convierta en una bestia como él. Es por ello que ha pedido refugio en el convento y desde éste vigila la zona donde se encuentra la mujer embarazada. Pero el Diablo sabe más por viejo que por Diablo y ha aprendido de sus errores.

por Antonio Santo y Jordi Martín